



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 23 DE ABRIL DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Dos hilos de imaginación

UNA REVELACIÓN

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La luz del sol comenzaba a aparecer diminuta sobre el cielo, detrás de unas nubes. Ese día había llovido intensamente toda la tarde. Al final de la cerrada, hundida doscientos metros después de doblar la esquina, había una casa gris mal pintada donde se desarrollaba una fiesta. El volumen de la música, típica de un club nocturno, era alto. La intensidad de la luz: baja y, además, los organizadores habían colocado luces de colores en las esquinas de la sala. La casa estaba abarrotada. Mario, un hombre aún atractivo en los cuarenta, vestía de traje y corbata. Se abrió paso entre los invitados, quienes sentados unos, y otros de pie, bebían de vasos de plástico y conversaban casi a gritos. Había botanas regadas en platos de hielo seco colocados encima de los muebles, tanto en la sala como en la cocina. Mario buscaba la puerta y finalmente, al divisarla tras un grupo de gente, se dirigió hacia ella. Cualquiera le abría paso al reconocerlo y le sonreía con respeto. Era el jefe en la oficina. Finalmente salió de la casa.

Afuera, junto a la puerta que se había cerrado, el ruido se escuchaba a un volumen mucho más bajo. Mario buscó su cajetilla de cigarros en el interior de su saco. Acababa de comprarla antes de llegar a la fiesta. Desprendió el plástico y encendió un tabaco. Tras el humo que expiró luego de la primera fumada, logró ver, más allá, en la acera y de espaldas, a Sandra, su secretaria. Eran contemporáneos en términos de edad. Mario se encaminó a saludarla. Se le acercó por detrás y le preguntó si quería un cigarrillo. Sandra reconoció la voz y giró de prisa para reconocer a Mario de frente. Sostenía su celular en la mano. Estaba llorando.

“¿Qué sucede?”. “Me hablaron del hospital”, comenzó a decir Sandra, para continuar: “Mi hija tuvo un accidente”. Mario se estremeció como si se tratara de su propia hija. Se quedó quieto, sintiendo casi como si lo hubieran tumbado al piso. De pronto, cuando las palabras que había escuchado resonaron en su pecho, comenzó a moverse desesperadamente. “¿Qué pasó, exactamente?”. Para Sandra, la pregunta fue como si le vaciaron encima un balde de agua fría. “Un auto chocó el de mi hija, después de traerme aquí”.

Mario llevó sus manos a la cabeza. “Yo te puedo llevar al hospital”. “Ya pedí un Uber”. Sandra miró la pantalla de su celular. “El carro está a tres minutos de distancia”. “¿Puedo acompañarte?”. Sandra se quedó mirando fijamente el saco de Mario. Le tumbó una pelusa de la solapa. “Si quieres acompañarme, está bien”. Intercambiaron algunos segundos de silencio. Cruzaron miradas y Mario comenzó a morderse los labios. Luego se talló la barbilla y llevó una mano para acomodarse el cabello, pero terminó despeinándose.

“¿Por qué tienes tanto interés en acompañarme?”. Mario parpadeó. Giró la cabeza de un lado al otro y luego, suspirando, llevó la mirada a la colilla de su cigarro y posteriormente a la banqueta. Comenzó a explicarle: “¿Recuerdas tu última fiesta de cumpleaños, a la que invitaste a toda la oficina a tu casa?”. Sandra asintió. “Tu hija y yo nos enamoramos ese día. Desde entonces hemos



estado saliendo”. Sandra quedó atónita, boquiabierta, sin decir una palabra. Trataba de hilar una frase, pero aquello se quedaba en pequeños tartamudeos. “¿Llevas saliendo con mi hija ocho meses y no me lo dices?, ¿qué clase de...? Pero Sandra guardó silencio. Llevó una mano a su frente. “¿Cómo es que ella no tuvo la confianza para decírmelo?, ¿por qué me lo escondió?”. Mario seguía callado. Abrió sus piernas para sostenerse firmemente sobre la acera y le dijo: “Lo siento, no supimos cómo manejarlo”. Sandra se tallaba los dientes. “Me siento totalmente traicionada, por ambos... sobre todo por ella.”

Se escuchó el ruido del motor de un auto a lo lejos. Ella encendió la pantalla de su celular y buscó en la aplicación de Uber las placas del carro que esperaba. Toyota Camry blanco. A lo lejos, el conductor se acercaba lentamente, con las luces intermitentes encendidas. Mario buscó la mirada de Sandra y le dijo: “Tu hija está embarazada”. Sandra se quedó observándolo y luego de un silencio, le respondió: “Me lo dijeron en la llamada”. Sandra volvió a la pausa, se llevó la mano a la boca y finalmente le dijo: “Perdió al bebé”. El dolor comenzó a recorrer el rostro de Mario. Las piernas comenzaron a temblarle y tuvo que sostenerse sobre el hombro de Sandra. En el horizonte, el sol se escondió para dejar caer el peso de la noche sobre la ciudad entera.

PUEDES MORIR DE MIEDO... ¡O DE RISA!
OLGA DE LEÓN G.

Solo faltaban cuatro cuadros en línea recta, una vuelta a la derecha y continuar dos cuadros más adelante para girar a la izquierda, llegando al número trescientos

cuarenta y siete, interior 5A: allí era su destino.

No tocó a la puerta, solo la empujó y entró. Esperaba que nadie estuviera a esa hora. Y, así fue. Pero, por qué estaba abierta la puerta principal. Algunas veces, solían dejar sin llave, por olvido y prisa al salir; pero nunca sin al menos emparejar la puerta con el marco. Eso lo hizo detenerse y mirar alrededor: nada estaba fuera de lugar o desordenado. Entonces, nadie había entrado antes de él.

Revisó rápidamente el resto de los cuartos... Nada. Se preparó para ir a dormir en el sillón de la entrada. Al menos una hora, tenía que reponer fuerzas. El susto -anterior- no había sido para menos.

Transcurrió la hora y no se despertó. Pasaron casi dos horas más para cuando, asustado de que estuviese en penumbra el cuarto y él aún allí, se levantó del sillón. La casa seguía sola.

Rápidamente, se levantó y se dirigió al baño donde abrió el grifo del lavamanos y tomó sendos chorros de agua con cada cuenca de sus manos que arrojó a su rostro, específicamente a los ojos, restregándose un poco los párpados cerrados. Secó su cara con la toalla impecable que allí estaba. Salió.

Qué habría sucedido, por qué su familia no estaba ni habían regresado, de donde quiera que hubiesen ido. Recorrió ahora en sentido inverso el pasillo interior hasta la puerta principal, y esta vez se aseguró de dejarla cerrada.

Estando ya en la calle, olvidó dónde había estacionado su auto. No lo veía por ningún lado... Pero, tampoco vio que circulara algún coche, camión o taxi. Así, inmóvil, estuvo dos o tres min-

utos; luego optó por ir hasta la esquina... pero, hacia cuál: ¿derecha o izquierda?

En ese transe se hallaba, cuando escuchó un suave zumbido. Miró hacia atrás, de donde provenía el ruido, y vio que la puerta que recién había cerrado, se abría y que desde el fondo una especie de sombra plateada brillante, como de humano, pero más alto, le indicaba con alguna señal u otro sonido, que regresara.

Joel era terco, y no estaba acostumbrado a recibir órdenes sino a darlas, así que no obedeció ni respondió. Se limitó a ignorarlo... Hasta que algo parecido a un impulso mecánico lo hizo dar un paso y luego otro, y otros más, hasta quedar frente al artefacto que vio como una sombra plateada. Era una especie de servidumbre creada con inteligencia artificial, precisamente para hacer obedecer a los rebeldes y tercos. ¿En dónde estoy?, se preguntó en silencio, sin hablar... En qué tiempo, qué mundo, siguió en su mente interrogándose: si no, ¿a quién más podía plantearle todas sus dudas? La sombra plateada, le respondió, como si hubiese escuchado su angustia y sus pensamientos:

Has llegado a tu nuevo hogar, en el siglo veintisiete, en la Galaxia de Clon XI, que surgió de la Tierra hace cuatro siglos cuando la violencia dominó a los humanos y unos pocos la rescataron y la clonaron para volverla limpia y tranquila. No sobrevivieron muchos; la maldad destruyó al mundo tal como tú lo conociste.

Joel escuchaba paralizado y sin poder moverse, ya no por terco, sino de una mezcla de estupefacción, miedo e incredulidad: Qué era todo esto, quién le hablaba sin hablar: y no obstante, escuchaba con total claridad.

Lo único que se le ocurrió pensar para no sufrir un infarto, fue que él seguía dormido en el sillón de la estancia: solución clásica.

La sombra plateada, androide sin género o de multigéneros, lo atrajo hacia sí y le indicó un pequeño espacio donde debía entrar: una especie de cuarto en el centro de un área boscosa con paredes de cristal. Joel entendió, era su oficina.

Siempre se había quejado del trabajo de siete horas encerrado frente a un ordenador de palabras, una impresora y otros aparatos. Allí no había nada de eso, solo usaría diferentes lentes, para tele transportar sus ideas y ver las de otros.

Nada más había en ese pristino y claro espacio del mundo cibernético en el que ahora se hallaba. Sin embargo, su memoria humana lo traicionó, él no era Joel, no en realidad, sino Alicia, quien había escrito los cuentos de la hormiguita colorada, así que tuvo una debilidad -al fin, mujer- y trajo al nuevo mundo, sin quererlo, con el pensamiento, a su fiel amiga: la hormiguita colorada.

Este emblemático y diminuto personaje saltó al hombro derecho de Alicia, y de un piquetito, la regresó a su trivial y aburrido presente, al que algunos llaman “El país de las maravillas”. No el de Alicia, sino el de la hormiguita y su gran amigo, el elefante azul.

(Un piquetito de hormiga nos puede volver a la realidad. ¡Ojalá!, no a la material y prosaica, sino a la de materia onírica e ideal).



Dulce María Loynaz

(Dulce María Loynaz y Muñoz; La Habana, 1902 - 1997) Poeta y narradora cubana cuya primera obra se inscribe en el posmodernismo insular, dentro del cual fue la figura más representativa de la línea purista. La lírica de Loynaz sedujo por su sencillez y naturalidad y el ritmo y la musicalidad de sus versos, en los que predominó una temática en ocasiones fruto de la angustia y del enigma y motivada por el amor.

Fue la mayor de cuatro hermanos nacidos de la unión entre María de las Mercedes Muñoz Sañudo y el general Enrique Loynaz del Castillo. Última descendiente de una estirpe de fundadores, sus antepasados provenían del País Vasco, y entre ellos se contaban varios personajes ilustres que habían destacado sobre todo en el ámbito militar y religioso. En su familia no existían, sin embargo, antecedentes literarios, aparte de algunas composiciones de su padre, escritas como aficionado.

Su infancia transcurrió en una casa del popular barrio cubano de El Vedado, donde había nacido y donde vivió la mayor parte de su vida. Creció, junto con sus hermanos Enrique, Carlos Manuel y Flor, rodeada por un ambiente cultivado, en el que se fomentaba la expresión artística y que acogió con satisfacción la incipiente sensibilidad poética que despertaba en ella. Se educó en su hogar bajo la atenta mirada y los cuidados de su padre, y ni ella ni sus hermanos asistieron jamás a un colegio. Pese a ello, adquirió y asimiló en profundidad una vasta cultura, que alimentaría toda su trayectoria literaria y que se reflejaría en cada una de sus palabras.

En 1919 publicó sus dos primeros poemas, Vespéral e Invierno de almas, en el diario La Nación, que significaron la entrada de Loynaz en el mundo de las letras. Posteriormente estudió derecho civil en la Universidad de La Habana, y se doctoró en 1927. Fue doctor honoris causa por esta misma universidad. En 1928 empezó a escribir su novela lírica Jardín, que terminaría siete años después y que no se publicaría en España hasta 1951.

Esta obra es una especie de autobiografía poética en la que son elementos fundamentales la memoria, la imaginación y el sueño. Se nutre de sentimientos y recuerdos de los años pasados en su casa de El Vedado y, sobre todo, en el jardín que la rodeaba. La autora convierte lo que fue un lugar real, en el que transcurrieron muchos momentos de su vida, en un mundo imaginario, ensañador y simbólico, en su paisaje íntimo, a través del cual percibe, entiende y expresa los movimientos y recovecos de su alma. En esta obra, como en el resto de su producción poética y novelística, la autora expresa su deseo de comunión con los demás, con la naturaleza y con los objetos, en una especie de unión mística con el mundo.

Es fundamental en su estilo la influencia de Juan Ramón Jiménez. En las composiciones de Loynaz encontramos una ternura, delicadeza y melancolía que recuerdan, sin duda alguna, la expresión intimista de Platero y yo, la popular obra del poeta. El mismo reconoce estas semejanzas entre ambos en un artículo del año 1942, que publica en la revista semanal Buenos Aires. En 1929 viajó a Turquía, Siria, Libia, Palestina y Egipto. En este momento escribió su obra Cartas de amor al Rey Tut-Ank-Amen, inspirada por su visita a la tumba del famoso faraón Tutankamón. Un año después conoció a Federico García Lorca, con el que mantuvo una entrañable amistad y que fue uno de los muchos amigos que hizo en España.

ad pèdem literae

El sabio no se sienta para lamentarse, sino que se pone alegremente a su tarea de reparar el daño hecho

William Shakespeare

Letras de buen humor

Los médicos pueden enterrar sus equivocaciones, pero un arquitecto sólo puede aconsejar a su cliente plantar yerba

George Sand

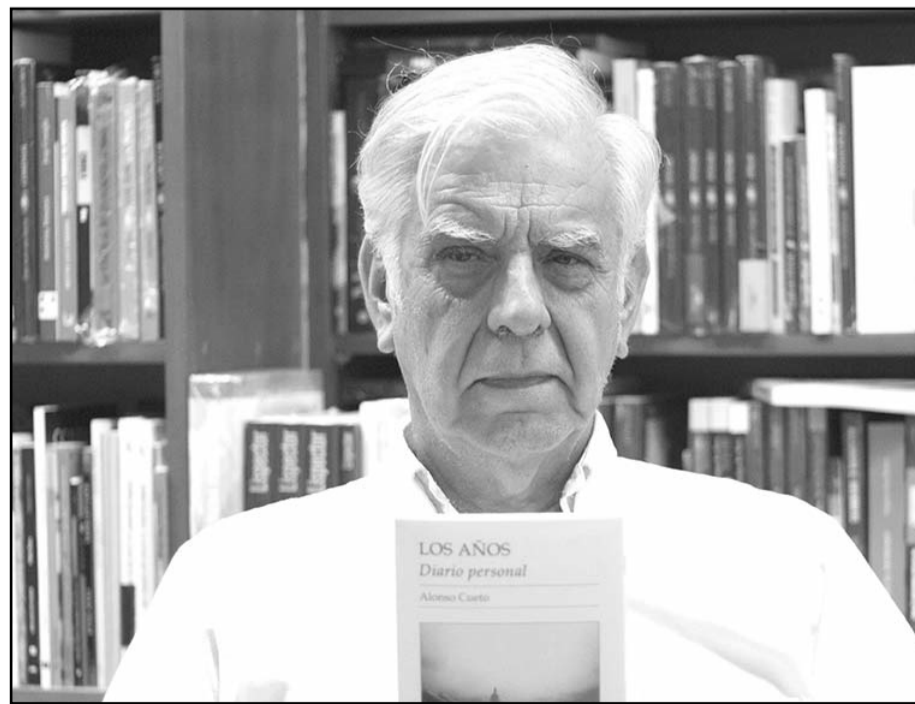
Mónica Lavín

La cosecha de los viajes

Hace muchos años, cuando Guillermo Arriaga y yo habíamos publicado nuestro primer libro y coincidíamos en un programa de radio, me dijo de manera muy atinada que los libros podían no dar dinero pero daban amigos. Ahora sé que dan viajes y amigos. En el reciente Congreso de la Lengua en Cádiz volví a coincidir con mi amigo, el escritor peruano Alonso Cueto. Desde que lo conocí en la feria de Lima hace varios años, Alonso me pareció una persona afable, elegante y cordial con un sentido del humor discreto con quien era gozoso prolongar la sobremesa. En ese viaje me traje de regreso su novela La hora azul que me gustó muchísimo. En otro, me obsequió la magnífica ficción histórica sobre la actriz peruana del siglo XVIII, amante del Virrey, Micaela Villegas, La Perricholi, Reina de Lima, y en este encuentro reciente en Cádiz puso en mis manos, mientras compartíamos un desayuno mirando la vastedad plateada del Atlántico, una pequeña joya: Los años. Diario personal, de Ediciones Cueto. Me encantó que un autor que publica en Penguin Random House tuviera su propio sello editorial, apropiado para libros tan íntimos como este. Somos prácticamente del mismo año y disfruté encontrar coincidencias que tienen que ver con el paso del tiempo, el sentido de

la escritura, con la manera que miramos el pasado y encaramos la inmediatez del día a día y con un tema que traté yo también en Últimos días de mis padres, la orfandad y el recuerdo de algunos momentos de los padres vivos, fundamentales en nuestra manera de estar en el mundo.

Los años tiene la cualidad de hacernos participar del momento íntimo de la escritura como es propio de los diarios. Son fragmentos que lo mismo están escritos desde casa, en el avión, en un trozo de algún viaje solitario como conferencista. Las reflexiones reunidas, tan honestas como diversas, dan cuenta de la complejidad de la vida y de los asuntos que constituyen el universo Alonso Cueto. El hijo mayor de una familia, que pierde al padre en la adolescencia y que reconoce en la fortaleza de la madre el gesto de alegría para mantener a la familia a flote. El esposo que ha compartido su vida en un largo y afortunado matrimonio, donde reconoce que ciertas claves son fundamentales (por ejemplo que su mujer le prepare un buen café). El padre y abuelo: “Un hijo es una promesa de tiempo. No hay nada más reconfortante frente al deterioro”. El profesor y desde luego el escritor que no ceja en buscar sus temas, en trabajar afanosamente como una forma de sobrevivir y estar en



el mundo después de haber vivido en varios lados en su formación y en su trabajo y reconocer la pertenencia a una Lima difícil de definir. Subraya la importancia y misterio de la amistad. Es como si el autor se respondiera a sí mismo al tiempo que abre una conversación con el papel y el lector.

“Sólo escribiendo mis novelas puedo aspirar a sentirme mejor, a sentirme otro, a olvidarme de mí. Y para eso tengo que conocer a otros.” Aparece la lucha con la salud del cuerpo que resiste operaciones de espalda, dolores, que revive después de algunos minutos sin respirar durante

una operación.

Un diario es ese registro vivo en el tiempo, pero también en el caso de un escritor la intromisión constante de ideas para escribir. Mi ejemplar tiene más subrayados que espacios vacíos. Es un libro para regodearse en la sabiduría que se cosecha. Mientras leo, las preguntas de Alonso Cueto se vuelven las mías, sus respuestas, una forma de sentido a mi propia vida. Me lo explica el escritor y el amigo: “Leer para contrarrestar la muerte, con el ímpetu de la vida de lector que es la más compleja y la más intensa de todas las vidas”.